

Un toque de inmortalidad

Sólo el arte es capaz de producir verdadero consuelo en un mundo sin religión.

Eugenio Trias

Desde mi taller

A L preguntarme insistentemente el porqué de la obra de arte mis respuestas usuales me parecen incompletas: el arte es un medio de comunicación, el arte testimonio de la historia, el arte como intento de acercamiento a la belleza, etc.

¿Por qué el ser humano tiene necesidad de la obra de arte? ¿Cómo es que en los otros seres no vemos ningún indicio de actividad parecida? No nos engañemos con el nido, la colmena, el termitero o la tela de araña que nos hacen pensar que tienen algo que ver con la arquitectura; les falta la premisa fundamental de la obra del hombre: el estilo. Sí; esas construcciones que frecuentemente son de gran belleza no tienen, naturalmente, ni el más leve indicio de estilo y son sólo herramientas, objetos, realizaciones instintivas para prolongar la anatomía animal o, dicho de otra manera, para perfeccionar la vida fisiológica del ser y no veo en ellas diferencia esencial respecto del caparazón de una tortuga o el plumaje de un pájaro.

Así, lo que llamamos obra de arte, esta realización inútil, inútil desde el punto de vista material aunque para el ser humano a todas luces indispensable, ya que aparece acompañándolo a todo lo largo de su

historia, y de su prehistoria, nos servirá a la vez para poder descifrar la esencial diferencia que separa al hombre de los otros seres; y que necesariamente debe de tener, en el proceso darwiniano de la evolución, una frontera donde a partir de ella ya se puede decir que ha nacido el hombre.

Esta línea divisoria aparece en el momento en que el ser tiene conciencia de que vive y de que su vida tiene un límite. Y con esa trágica información se revela e inventa, para defenderse de la desesperación, el arte.

La vida no es lo opuesto a la muerte, ya que las dos se parecen demasiado, sino que lo que se opone a ella tiene que ser algo abstraído, independiente de lo biológico y que, nacido de su pensamiento, como Minerva de la cabeza de Júpiter, le sirva de antídoto a la fatal enfermedad al salir, por su «naturaleza» artificial, del ciclo de los seres vivos. Así el arte existe porque el hombre quiere burlar a la muerte y tratar (al final con bien poco éxito) de persistir más allá del inexorable final. Y diciendo que el arte se opone a la muerte no me

refiero a lo que vulgarmente se dice sobre la hipotética inmortalidad del artista, sino al valor metafísico de la obra. De este valor o de esta virtud se beneficia el hombre en general, este hombre espectador, gozador, usuario del hecho artístico, al sentirse arropado, protegido de la nada, esa espada constante sobre su cabeza, porque «acaso la nada sea la verdad —como nos dice Proust— y todo nuestro sueño sea inexistente, pero entonces presentimos que será necesario que estas frases musicales, estas nociones que en relación a la nada existen, tampoco tendrán realidad. Pereceremos, pero nos llevaremos como rehenes estas divinas cautivas que correrán nuestra suerte. Y la muerte con ellas nos parecerá menos amarga, menos mísera, quizá menos probable».

Llegados a este punto vemos con claridad el papel creador del verdadero artista, creador de unos seres que nos acompañan y nos consuelan, nos ilusionan y nos enorgullecen, nos desquitan y nos dan la mano a través del tiempo, esa alcahueta que nos relaciona con la muerte, para poder cruzar con una cierta serenidad el frágil puente.

Estos seres tienen nombre; son los Héroes de Riace, Santa María del Mar, la Capilla Sixtina, «Macbeth», la «Ronda de Noche», el «Canto de la Tierra» o el «Ciudadano Kane» y, aun siendo difícil el pacto, forman ya, afortunadamente, una población importante y conservan inmarcesible, a pesar de la erosión del tiempo y de los bárbaros, un toque de inmortalidad.

Josep Maria SUBIRACHS